Beso de Judas

Fue la noche de espera...
Desesperada noche... Dios cogía
la sangre en la ribera
y sangre repartía
al Hijo-Dios, que estaba en agonía.

Lejos lloraba el día
en la voz de mil perros agoreros...
Luna, lejana y fría,
fabricando senderos
de minutos, a siglos venideros.

Ayes sepultureros...
Olivo y tordo en grito y amargura.
Soliloquio de fieros
presagios... Sepultura
de vertical ciprés buscando altura.

¿Qué loca singladura
singló la luna y maduró el quebranto?
La noche estaba oscura,
de tanto saber tanto...
Dios estaba de lágrimas sin llanto.

Bajo el oscuro manto
el Hombre-Dios espera. Ya el momento
canta su inquieto canto
mientras olivo y viento
gimen su doloroso movimiento.

Duro presentimiento;
Judas estaba ya por el camino...
Olivos en tormento...
Getsemaní de espino
espinando los dedos al destino.

Ya Judas, peregrino,
iba del beso en pos; labio impaciente.
¡Amores...! Desatino
de corazón y frente
convertidos en boca de repente.

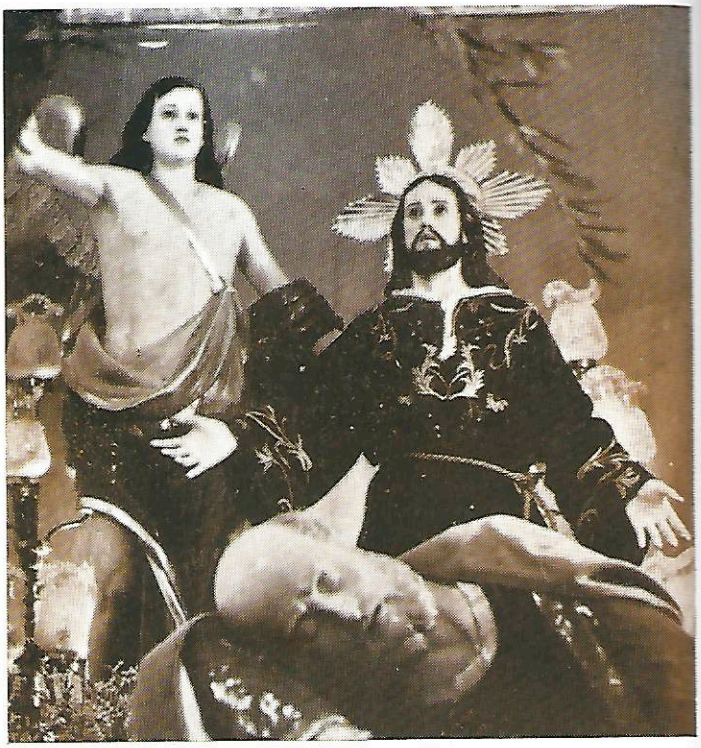
Boca de beso urgente...
La mejilla esperaba ya con prisa
y la traición presente
se enredaba en la brisa
olivacea del rostro y la sonrisa.

Llegaba la concisa
redención de los hombres... ¡Beso duro!
Temblaba la indecisa
boca... Y a su conjuro
brotó la luz tras el olivo oscuro.

Pureza de lo impuro;
beso que vuelve en cruz la primavera.
Se convirtió en futuro
el Verbo... Y era un era
de Dios al hombre, en beso y sementera.

Fue la noche de espera...
Desesperada noche... Dios cogía
la sangre en la ribera
y sangre repartía
al Hijo-Dios, que estaba en agonía.

MANUEL VEGAS ASIN



La amistad dormida

¿Duermes, Simón? —Jesús interrogaba—.
Y renovaba su oración, dolido
de encontrarse tan sólo y tan rendido
a la negra maldad que le acechaba.

—¿Duermes, Simón?— Segunda vez clamaba.
Y era en su corazón puñal buido
la amistad que dormía en tal descuido
cuando tan cerca la traición velaba.

—¿Duermes, Simón?— Y fue la vez postrera
que del amigo amado pretendiera
lograr consuelos en su amarga suerte...

¡Tardío el despertar!... ¡Reacción tardía,
porque ya en la mejilla se cernía
el despiadado beso de la muerte.

LUIS LOPEZ PRIETO